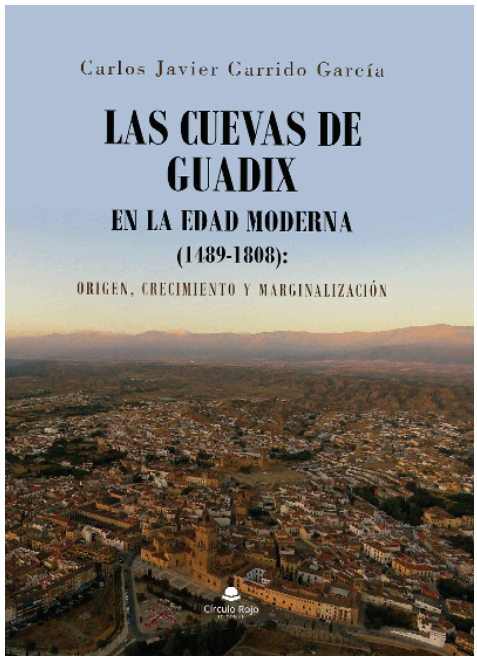
**GARRIDO GARCÍA, Carlos Javier. *Las cuevas de Guadix en la Edad Moderna (1489-1808). Origen crecimiento y marginalización*. Almería: Círculo Rojo, 2021. 189 págs.**




A veces, la historiografía nos miente. Otras, son los historiadores los que no historian y dan lugar a afirmaciones erróneas –por paradójico que parezca– que atendemos y tomamos como referencia por un tiempo en exceso prolongado. “Es hora de frenar esta praxis”, se lee entre líneas en la obra de Carlos Javier Garrido García, *Las cuevas de Guadix en la Edad Moderna (1489-1808): origen, crecimiento y marginalización*, publicada en 2021.

Accitano de nacimiento, el autor es especialista en Historia Moderna y esta no es, en ningún caso, la primera vez que se aventura a revisar la cuestión de las cuevas de Guadix. Entre sus publicaciones encontramos con frecuencia esta ciudad como epicentro. Así ocurre con *El paradigma contrarreformista de la diócesis de Guadix (siglos XVI-XVII). San Torcuato, San Fandila, los mártires de Abla y la Historia de Pedro Suárez* (2009); pero también en su tesis doctoral, *La esclavitud en el reino de Granada en el último tercio del siglo XVI: el caso de Guadix y su Tierra*, que obtuvo sobresaliente *cum laude*.

Cuando al ciudadano granadino promedio se le habla de Guadix, recorren su imaginario con rapidez una variedad de símbolos. De pronto hay siempre una parada en el barrio de las Cuevas. Destino frecuente entre los visitantes de la ciudad, estos refugios han encontrado en los últimos años un crecimiento turístico que no necesariamente se ha visto correspondido con lo que históricamente se ha escrito sobre los mismos. En ello repara Garrido García, que en este volumen no pretende solamente desmentir afirmaciones que han sido férreamente defendidas por historiadores como Asenjo Sedano, sino que aspira a deconstruir la imagen del ciudadano de a pie para, apunta, hacer justicia “a los vecinos de las cuevas”, “sin que nadie siga criminalizando a las víctimas” (p. 147). Las conclusiones audaces y sencillas son aquí el centro de la diana, desde donde nacerán sendas raíces sobre las que, por fin, comenzar a construir un relato sólido y sostenido.

Para ello será necesario realizar un análisis exhaustivo del hábitat cuevero de Guadix durante el período que abarca la Edad Moderna esencialmente, de forma

que se aclaren las hipótesis mal planteadas acerca de su origen y actual estado. En este sentido, el orden cronológico que sigue el autor a lo largo de una decena de capítulos es una elección conveniente y acertada, en especial para un lector poco familiarizado con la historia de las cuevas. Partiendo de época mudéjar y pasando por la morisca y repobladora antes de llegar al Antiguo Régimen, con la lectura de este volumen se es capaz de reconocer la evolución de estos refugios ya no sólo a nivel físico, sino también a través de datos sociales y económicos que afectan y condicionan la forma de vivir de sus habitantes.

El lector informado, por su parte, encuentra en las primeras páginas una sorpresa: un adelanto –de nada menos que tres siglos– en lo que hasta ahora eran las principales hipótesis acerca del surgimiento de las cuevas accitanas. Si bien la historiografía había indicado su vinculación con los moriscos, nuestro autor comprueba aquí, gracias a las fuentes documentales, que se remiten al período nazarí; aún más, a época zirí, pues habrían sido introducidas por la población bereber.

Atajando el origen –que, recordemos, era el primero de los ejes vertebradores que se nos planteaban en el título de la obra–, podremos seguir con facilidad la fortuna de las cuevas desde múltiples puntos de vista. El autor se detendrá en época mudéjar en primera instancia, explicando que se produce entonces un ligero cambio en tanto que el hábitat cuevero pasará a ser habitado por cristianos; y en la morisca posteriormente, cuando por vez primera aparecen documentados estos espacios excavados, en concreto en el sínodo de 1554.

Es aquí donde el lector, ya advertido desde el principio, abre los ojos. La documentación nos permite atestiguar la existencia de las cuevas ya hacia el siglo XVI; pero, como hemos señalado, no siempre podemos confiar en la historiografía. Aparece aquí, de nuevo, el nombre de Asenjo Sedano, historiador que habría subrayado esta fecha sin cuestionarla. Garrido García, sin embargo, pone al día el estado de la cuestión, lo corrige a él y concita toda nuestra atención; no podemos ni debemos tomar como garantía el sínodo de 1554 por cuanto al origen de las cuevas se refiere.

Llegados a este punto es certero: hemos comenzado a deconstruir la idea del origen. ¿Qué ocurre, pues, con el crecimiento? Será interesante descubrir cómo, con la rebelión y expulsión de la población morisca, evolucionarán tanto la cantidad de habitantes de las cuevas como la variedad de etnias que estas pueden alojar. Más cuando, a raíz de la concentración de un prototipo de habitantes en este hábitat, haya una tendencia por parte de las élites por comprar y edificar más cuevas.

Todo ello, con el tiempo, nos llevará al tercer eje fundamental que configura el estudio: la marginalización. Curioso caso, la estereotipación del habitante de la cueva vendrá de la mano de las propias clases altas que han propiciado su situación, algo que el autor nos deja entrever con frases tan duras en referencia a estos hábitats como “lugar y parte sospechosa y adonde no ay mujeres de buen vivir” (p. 112). Este suceso las pondrá en grave peligro, hasta el punto de rozar su demolición entre los siglos XVIII y XIX.

Toda esta investigación al servicio de la deconstrucción se alza como referente en su ámbito por la exactitud y minuciosidad de sus argumentos y unas hipótesis no sólo basadas en documentación histórica, sino también críticas con ella. Sin olvidar las constantes referencias a las personalidades que más han abordado esta cuestión, como el mencionado Carlos Asenjo, Manuel Espinar Moreno y él mismo –ya había realizado dos artículos que cuestionaban el papel de los moriscos en el origen de las cuevas, pero cita también otras publicaciones–, Garrido García incluye en este volumen referencias directas a expedientes matrimoniales, registros de entierro –que encuentra en su mayoría en los archivos de Guadix y que pueden, sin duda, acercarnos más a la vida que daba continuidad y crecimiento a las cuevas– y llega incluso a realizar elaboraciones propias en tablas que resultan muy clarividentes para un lector poco familiarizado con el objeto de estudio.

Eran muchos los peligros de un estudio como este. Uno de ellos, sin lugar a dudas, residía en esa revisión historiográfica atrevida, yendo a rectificar lo que ya muchos historiadores habían dicho y repetido. Otro, y quizás el de mayor envergadura, estaba en la cronología, un amplio margen que da comienzo en 1489 y plantea terminar en el Antiguo Régimen. Ello podría inducir a pensar, al comienzo de la lectura, que el análisis corre el riesgo de perder minuciosidad a favor de la globalidad, pero nada más lejos de la realidad: el autor pretende atajar el problema de raíz, y para ello es imperioso estudiar con detalle cada período, sin dejar cabos sueltos.

Si hay algo que haya invitado al lector de estas páginas a querer hojear esta impecable obra, le advertiré también que no se enfrentará a páginas fáciles. Este no es un estudio cualquiera. Garrido García se documenta, hace crítica de lo investigado y lo reelabora, desmontando todo un discurso sedimentado en el tiempo. Quien espere un bello relato acerca de un lugar sumamente turístico no encontrará satisfacción entre las páginas de su libro.

Quien, por el contrario, se aventure a perderse en ellas, sin embargo, irá de la mano del mayor experto, que es consciente de la estereotipación de las cuevas y que consigue, con voluntad o sin ella, revitalizarlas de la mejor de las formas. El progresivo apagado del hábitat cuevero a favor de la marginalización es aquí el punto principal, y es por ello por lo que ha llegado el momento de encender una vela en su interior y brindar en su honor partiendo de discursos como el que aquí apostilla Carlos Javier Garrido García; con el fin último de ser conscientes –y críticos– de aquello que nos rodea. Estas, pues, no son las cuevas de Guadix que todos conocemos: son las cuevas que comenzamos a conocer.

*Nerea IZA CHIRIVELLA*